Miércoles, 21 de noviembre 2012

En el ocaso de los imperios

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/11/in-twilight-of-empires.html

El post de la semana pasada sobre la lógica de la disuasión nuclear en una época de declive suscitó, en general, una respuesta mucho menos irracional de lo que suelen cosechar las discusiones sobre la guerra nuclear. No estoy seguro de si eso cuenta como prueba para apoyar mi teoría de que todos, de algún modo, hemos entrado en una realidad alternativa, el tipo de misterioso universo paralelo donde locutores de la derecha citan elogiosamente a los archidruidas y se critican en los medios de comunicación declaraciones delirantes sobre los infinitos recursos de petróleo de esquisto. Pero esas respuestas me han animado a continuar con el segundo de los temas candentes, tal vez el más caliente de los temas candentes en estos días, de hecho, uno que siempre concita airados altercados dialécticos en ambos extremos de la política, en un debate polarizado sin remedio.

Sí, es el momento de hablar de Israel.

Por eso no significa que tengamos que entrar en una nueva ronda de la retórica de “quien-hizo-lo-que-sea-a-quién” en el tono estridente de absolutismo moral que impregna el asunto en estos días. Seguro, es importante discutir cuestiones éticas sobre los orígenes, la conducta, y el futuro de la Nación-estado de Israel, pero ese debate ya está ocurriendo en otros lugares, o más precisamente estaría sucediendo si la mayoría de los participantes potenciales no estuvieran muy ocupados gritándose unos a otros. Lo que chirría en todo el ruido de fondo, sin embargo, es que esa no es la única discusión que vale la pena mantener.

En particular, el tema central de esta serie de posts sobre la decadencia y caída del imperio global de Estados Unidos, tiene aspectos que son más fáciles de ver desde la perspectiva de uno de los estados clientes más vulnerables de los Estados Unidos. Aquellos aspectos que no son particularmente de naturaleza moral, y los argumentos de justicia propia que estridentemente llenan los debates más actuales del destino de Israel tienen nada que aportar aquí. Por el momento, me gustaría dejar de lado las disputas sobre si el Estado-nación de Israel como existe en la actualidad *debería* sobrevivir, y preguntarme en su lugar, si en el mundo post-estadounidense de un futuro no muy lejano, *podría* sobrevivir. Esa es una pregunta mucho más simple, y la respuesta es igualmente simple: no.

Para explicar esa respuesta, me gustaría contar una historia. Érase una vez, ¿no es así cómo se supone que deben empezar las historias? un grupo de personas que creían que su Dios les había prometido un rincón particular de Oriente Medio, y decidió llevarlo a la práctica. Dio la casualidad de que las condiciones en ese momento eran propicias para su proyecto. La política cultural de las grandes potencias occidentales de la época los favorecían, y no sólo en un sentido abstracto: contaban con dinero y armas para el intento, y si el proyecto tenía éxito en establecer un punto de inicio, podrían tener mucho más (dinero y poder) a su disposición.

Aún más importante era el estado de Oriente Medio en ese momento. La historia de esa región tiene un ritmo regular de sístole y diástole que se remonta casi a los registros más antiguos de las tabletas de arcilla: períodos de centralización, en los que un gran potencia en Oriente Medio domina una porción del mundo de tamaño tan grande como permitía la tecnología de transporte del momento, alternando con períodos de desintegración, en el que los fragmentos de la región se convierten en un tablero de ajedrez donde los poderes externos a la región reproducen sus propios juegos de poder. En el momento en que estamos hablando, el Medio Oriente estaba en una de sus fases diástole, fracturado en pequeños estados enfrentados, y cuando la región, de repente adquiere una gran importancia estratégica, solamente generó una respuesta local e ineficaz.

Por eso surge un nuevo Estado, rodeado de vecinos hostiles, y aparecen toneladas de retórica autojustificante y estridente a ambos lados de las nuevas fronteras. Algunas de las principales potencias occidentales apoyaron el nuevo estado con importante ayuda financiera y militar. Además, y al menos

tan importante como el apoyo de naciones occidentales, los miembros de la comunidad religiosa responsables de la creación del nuevo estado que permanecían en esas mismas naciones occidentales, participaron vigorosamente en actividades de recaudación de fondos para apoyar al nuevo estado, e hicieron esfuerzos políticos igualmente vigorosos para conseguir que el apoyo gubernamental existente se mantuviera o aumentase. Los recursos así puestos a disposición del nuevo Estado le dieron una sustancial ventaja militar contra sus vecinos hostiles, y la existencia del Estado de Israel se convirtió básicamente en un hecho consumado, ante el que algunos de sus vecinos exhibió una postura de absoluto rechazo y confrontación.

Aún así, la supervivencia del Estado dependía de tres cosas. La primera, y con mucho, la más importante, era el flujo continuo de apoyo de las potencias occidentales que financiaron una estructura militar mucho mayor de lo que permitían los recursos económicos y naturales del territorio en cuestión. El segundo era la continua fragmentación y la debilidad relativa de los estados vecinos. El tercero fue el mantenimiento de la paz interior en el estado y la aceptación colectiva de un claro sentido de las prioridades, de modo que se pudiera responder con toda la fuerza a las amenazas externas en lugar de malgastar sus limitados recursos en proyectos de conflictos civiles o populares que no aportaban nada a su supervivencia.

A la larga, ninguna de estas tres condiciones se pudo sostener de forma indefinida. Debido a los cambios en la política cultural y, más importante aún, a la (in)estabilidad económica de las potencias occidentales de la época, los grandes subsidios en apoyo al Estado se convirtieron en una carga política y en la lucha por la riqueza disponible con el tiempo fueron retirados. Mientras tanto, en Oriente Medio, las luchas de poder entre los pequeños estados que competían entre sí comenzaron a dar paso a una nueva era de centralización. Por último, la cohesión interna del estado se quebró en luchas de poder entre las diferentes facciones, y se comprometieron demasiados recursos para proyectos políticamente necesarios, pero prácticamente inútiles (como el apoyo a grandes comunidades religiosas que no hacían más que rezar y estudiar las Escrituras). Las arrogantes certezas de que el Estado siempre había podido vencer a sus enemigos y de que las potencias occidentales seguirían sosteniendo económicamente la supervivencia del Estado pusieron la guinda amarga a un pastel que ya se estaba quemado en el horno y cuyo desastre final ya estaba casi garantizado.

Y por eso, querido lector, el reino cruzado de Jerusalén cayó ante los ejércitos de Saladino en 1187, y por eso los últimos restos de los Reinos de Ultramar, como los cruzados llamaron a la tierra ahora conocida como Israel, fueron barridos por los ejércitos musulmanes durante el siglo siguiente.

Soy muy consciente de que la comparación de la situación actual de Israel con los estados cruzados de Ultramar está agitando una muleta roja ante algunos toros ya sobreexcitados. Muchos de mis lectores están dispuestos a saltar insistiendo en que Israel probablemente no puede ser comparado con los cruzados por razones morales, pero conténgase y recuerden que eso no es de lo que estamos hablando. La integridad moral relativa de los cruzados y los israelíes es irrelevante para los problemas que trato de discutir en este post; lo que es relevante es que, en los reinos puramente pragmáticos de la política y de la guerra, hay una gran cantidad de paralelismos entre los dos ejemplos.

Para empezar, Israel, como Ultramar en su tiempo, depende para su supervivencia de enormes subvenciones de las grandes potencias occidentales. En el caso de Israel, provienen en su mayor parte de los Estados Unidos. El gobierno de Estados Unidos gasta miles de millones de dólares al año en ayuda directa e indirecta a Israel, mientras que la gran y relativamente rica comunidad judía de EE.UU. (que es la nación de la tierra con mayor número de judíos) está muy involucrada en recaudar fondos para Israel. Muchas sinagogas y otras instituciones de la comunidad judía en EE.UU. sirven para canalizar recursos de manera eficaz a Israel (del mismo modo, por ejemplo, que en Europa hicieron para mantener el flujo de riqueza y de armas hacia los reinos de Ultramar las monarquías y las encomiendas y salas capitulares de la Orden del Temple y la Orden de los Caballeros Hospitalarios). Sin esas ayudas, gubernamentales y privadas, el ejército israelí (muy grande y bien equipado) sería una carga demasiado pesada para la economía de lo que no es más que una nación muy pequeña y con pocos recursos y el equilibrio de fuerzas en la región cambiaría drásticamente en perjuicio de Israel.

Del mismo modo, la fragmentación continua del Oriente Medio es un factor crucial para la supervivencia de Israel. Los dos últimos siglos han visto como el ritmo de la historia de Oriente Medio ha entrado en un período diástole, al disgregarse el otrora poderoso Imperio Otomano en más de dos docenas de pequeñas naciones, pendencieras y vulnerables, generalmente incapaces de contrarrestar las incursiones de Europa y América . En cierto modo, la condición actual del Oriente Medio es la de esperar la llegada del próximo Saladino, con Irán, Turquía, o una futura República Islámica de Arabia como probables aspirantes a ser el eje en torno al cual vaya a cristalizar el próximo súper estado de Oriente Medio. Por supuesto es un principio básico de la diplomacia y la estrategia militar israelíes evitar la aparición de un único centro de poder capaz de movilizar gran parte de los recursos del mundo árabe; pero recordemos que ése era un principio igualmente capital de la estrategia de Ultramar, y los esfuerzos de los cruzados en esta dirección, finalmente fracasaron.

No me propongo emitir un juicio sobre el estado actual de la política y la cultura israelíes, incluso hasta el punto de decidir si las tendencias actuales hacia el fraccionamiento político y el apoyo a las comunidades ortodoxas por parte del Estado son comparables o no a la rabiosa lucha política interna del Reino de Jerusalén en sus décadas finales, ni tampoco si la carga económica de monasterios y conventos cristianos jugó un papel sustancial en el debilitamiento de Ultramar. El punto crucial en este momento, creo, es la dependencia de Israel de un flujo constante de fondos desde los Estados Unidos. Si desaparece, el equilibrio militar del poder se desplazará de manera irrevocable, y también lo hará la capacidad del gobierno israelí para continuar los pagos improductivos pero políticamente necesarios que mantienen la cohesión social, tal como existen actualmente. Estos cambios, a su vez, auguran un resultado tan desagradable para Israel, al menos su forma actual, como el equivalente al del reino de Ultramar.

Una de las consecuencias fundamentales de la decadencia imperial que hemos estado discutiendo este año es que la capacidad del gobierno de los Estados Unidos para proporcionar abundantes subsidios a los estados clientes en el extranjero, así como la capacidad de un grupo significativo de ciudadanos americanos para llevar a cabo proyectos de recaudación de fondos a gran escala, no va a durar indefinidamente. Los Estados Unidos nadan en la abundancia gracias a la bomba de riqueza imperial (los patrones sistemáticos de intercambios comerciales y financieros que canalizan una gran parte de la riqueza del mundo a sus manos) lo que les permite apoyar a Israel. Si esos patrones se descomponen, y ya se están descomponiendo, los subsidios que mantienen a flote la economía israelí y facilitan sus ingentes gastos militares actuales inevitablemente se reducirán a un lento goteo y más tarde se detendrán.

Cuando eso suceda, Israel se encontrará arrinconado y acorralado. Encontrar a otra nación dispuesta a asumir el papel de los EE.UU. como amante maduro dadivoso[1] es más fácil de decir que hacerlo; gran parte del apoyo que Israel recibe de los EE.UU. proviene del hecho de que la comunidad judía estadounidense es uno de los grupos de veto (lobbies) mejor organizados en la política estadounidense, con los votos y financiación necesaria para decidir en una elección apretada, mientras que ninguna de las potencias emergentes dispuestas a asumir el papel de Estados Unidos en el mundo tiene nada parecido (una minoría judía lo suficientemente grande o un sistema político lo suficientemente cautivo como para permitir que se aplique ese tipo de presión). Puestos a elegir entre la financiar a Israel y contentar a las naciones ricas en petróleo y los amplios mercados para la exportación del mundo árabe, no es difícil ver, por ejemplo, hacia donde apunta claramente el interés de China.

Si falta el apoyo externo, Israel se enfrenta a un futuro en el que ya no pueda dominar su región y sea incapaz de protegerse de amenazas militares. Sus fuerzas armadas dependen, al igual que la mayoría de los ejércitos modernos, de grandes cantidades (que no nunca pueden fallar) de productos derivados del petróleo, y el petróleo es uno de los muchos recursos de los que Israel carece; su capacidad de importar gasolina, diesel, combustible de aviación, etc. depende, como tantas otras cosas, de las ayudas que recibe de los Estados Unidos. La capacidad operativa de una maquinaria militar grande y técnicamente avanzada también depende de los subsidios directos e indirectos. A falta de ellos, el potencial militar de Israel no es mucho mayor que, por ejemplo, el del Líbano o el de Jordania. No es suficiente, en otras

[1] N. del T. Amante maduro dadivoso, en el original utiliza la expresión "sugar daddy", que se refiere al hombre maduro que mediante dinero o regalos corteja (generalmente a una mujer mucho más joven) esperando compañía o relaciones sexuales. No conozco expresión en español que signifique exactamente lo mismo.

palabras, para sostener algo parecido a su primacía actual. Su arsenal nuclear le da una ventaja temporal, pero una ventaja que va a durar solamente hasta que una potencia regional rival se dote de su propio arsenal de cabezas nucleares y sistemas de lanzamiento.

Quizá sea necesario ahora acabar con una de las fantasías más ampliamente repetidas de nuestro tiempo, la noción de que Israel podría, para garantizar su supervivencia, amenazar al resto del mundo con una guerra nuclear, o simplemente podría empezar a lanzar bombas atómicas en caso de su inminente desaparición. Esa es una de esas teorías que parece tener sentido, siempre y cuando nadie se pregunte qué ocurre después. La desventaja de dicha acción por parte de Israel, por supuesto, es que las naciones amenazados o atacadas serían capaces de responder a las amenazas con represalias mucho más convincentes y mucho más devastadoras.

Para empezar, Israel es un país muy pequeño. Cualquier nación con un arsenal nuclear significativo podría convertirlo en cenizas, junto con toda su población, y todavía habría bombas de sobra. La amenaza de destruir una o dos ciudades tiene muy poco valor cuando el costo de llevar a cabo la amenaza podría significar fácilmente a la aniquilación inmediata de todo el país.

Por otra parte, muchas de las naciones que podrían verse amenazadas con la bomba pueden responder con una guerra convencional que sería casi igual de efectiva. Imaginemos, por ejemplo, que Israel llegara a amenazar a Rusia, entre otros países, con bombas nucleares —asumamos, tomando prestado uno de los lugares comunes, que las bombas en cuestión han sido introducidas de contrabando en San Petersburgo y en Moscú— que se harían estallar a menos que Rusia hiciera algo para detener en seco una ofensiva árabe que no se ha conseguido frenar de otra manera. Cualquiera que piense que Rusia respondería de manera favorable a Israel no tiene ni idea de la cultura ni de la historia de Rusia, un error común en este lado del Atlántico.

De momento vamos a suponer que por alguna razón el gobierno ruso decide no informar a los israelíes (tranquilamente, eso sí) de que a los treinta minutos de lanzar una bomba, un misil MIRV con una o dos cabezas nucleares de devolvería el favor a Tel Aviv, con cientos de kilotones de interés. La alternativa obvia es informar a los israelíes, con la misma sangre fría, de que si una bomba explota, Rusia va a declarar la guerra a Israel, y veinte o treinta divisiones rusas con apoyo aéreo y toda la parafernalia de la guerra moderna se unirán a la fuerzas de asalto árabes. Ni siquiera es necesario hablar de amenazas adicionales a las que el gobierno ruso podría recurrir, por ejemplo, sobre la población judía que vive en Rusia. La misma lógica se puede aplicar a los otros países que encaran una amenaza comparable, ya que la única nación que tendría su destrucción asegurada en un intercambio nuclear con Israel, después de todo, es la propia Israel.

La existencia del arsenal nuclear israelí, y esto es relevante, hace que sea poco probable que vaya a darse la ofensiva árabe definitiva (tan cara a los americanos fundamentalistas ansiosos del Apocalipsis) en cualquier momento del futuro a corto o medio plazo. Un escenario más probable, ya que el imperio de Estados Unidos entra en su ocaso, sería una incontrolada espiral de crisis económica y política en Israel, cuando las facciones moderadas y extremistas luchen compitan a muerte por el control de una riqueza y recursos menguantes, y todo el que tenga recursos y sentido común saldría huyendo del país. Nadie sabe cómo se desarrollará la partida y no es imposible que un par de nubes en forma de hongo puedan tener su papel de una u otra manera. Como ya he mencionado en el post de la semana pasada, las próximas décadas bien pueden ver estallar algunas armas nucleares, y es precisamente en situaciones como la de Israel donde eso parece más probable.

La costa occidental del Océano Pacífico incluye otro punto caliente del mismo tipo. Taiwán es otro estado cliente de los EE.UU. que tiene todas las de perder si imperio global de Estados Unidos pierde fuelle, y es también un indicador de la vieja y amarga rivalidad geopolítica entre China y Japón. Recuperar el control de Taiwán para asegurar la costa china contra cualquier potencia hostil es un requisito básico de la política china; es un requisito igualmente fundamental de la política japonesa impedir que China recupere el control de Taiwán, para asegurar las rutas marítimas que transportan combustible y alimentos al Japón en caso de conflicto con China. Es difícil imaginar un mejor juego de suma cero en el mundo post-estadounidense. La posición de Japón es la más débil con diferencia, y se enfrentará a la difícil elección de someterse a la soberanía china o ir a la guerra como lo hizo en 1941,

pero contra una superpotencia emergente con recursos mucho mayores. De cualquier manera, no va a ser bonito.

Estas cosas suelen pasar en el ocaso de los imperios, cuando Estados clientes que lo han apostado todo al apoyo de un amo imperial se encuentran con un cambio de viento. En los imperios que se han expandido mediante la anexión de territorios, son las provincias fronterizas que las que antes se pierden cuando llega el colapso; en los imperios que obtienen su expansión mediante la construcción de una red de estados dependientes, son los estados clientes más próximos a las principales potencias hostiles los que por lo general pagan el precio más alto cuando el imperio se tambalea. Israel se adscribe claramente a este última clase de estados dependientes; y su destino será el que resulte de la dura realidad de la historia, no de consideraciones éticas de cualquier tipo, ni (hay que decirlo claro) qué lado en el debate actual proclame tener la mayor autoridad moral.